

## LECTURAS E INTERPRETACIONES DEL CICLO HUELGUÍSTICO EN CATALUÑA. EL CONSULADO BRITÁNICO EN BARCELONA, 1931-1933

*READING AND INTERPRETING THE STRIKE CYCLE IN CATALONIA.  
THE BRITISH CONSULATE IN BARCELONA, 1931-1933*

Josep Puigsech Farràs\*

Universitat Autònoma de Barcelona-España

**RESUMEN:** Este artículo analiza la lectura e interpretación que realizó el consulado británico en Barcelona del ciclo huelguístico en Cataluña entre septiembre de 1931 y diciembre de 1933. Norman King, que dirigió un consulado estratégico para Londres, afrontó uno de los principales temas candentes de la trayectoria catalana durante la Segunda República. La reconstrucción factual fue bastante precisa. No obstante, la interpretación quedó condicionada por dos vectores principales. Primero, los intereses de la política exterior británica y su lógica anticomunista. Y, segundo, un ciclo de largo recorrido, tejido por el propio consulado en Barcelona, que interpretó la insurrección obrera en Cataluña como revolucionaria desde 1909. King no solo presentó un estado de opinión de la primera potencia europea e imperial sobre el conflicto social en Cataluña, sino también una recopilación de argumentos y constataciones que intentaron rectificar la mirada relativamente amable que el Foreign Office proyectó sobre la Segunda República.

**PALABRAS CLAVE:** Norman King, Consulado británico, ciclo huelguístico, Cataluña, Segunda República.

**ABSTRACT:** *This article analyses how British Consulate in Barcelona read and interpreted the strike cycle in Catalonia between September 1931 and December 1933. Norman King, who headed a strategic consulate from the London's perspective, faced one of the Catalonia central topic during the Second Republic. The factual reconstruction was quite accurate. However, the interpretation was conditioned by two main factors: first, the British foreign policy interests and its anti-communist logic; second, a long-term cycle designed by the consulate in Barcelona since 1909 that interpreted worker insurrection in Catalonia as revolutionary. King analysed social conflict in Catalonia from the leading European and Imperial Power point of view. These arguments and findings tried to rectify the really kind Foreign Office perception about Second Republic.*

**KEYWORDS:** *Norman King, British Consulate, strike cycle, Catalonia, Second Republic.*

\* **Correspondencia a / Corresponding author:** Josep Puigsech Farràs. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea. Facultad de Filosofía y Letras. Edificio B. Carrer de la Fortuna, s/n (08193 Bellaterra-Cerdanyola del Vallès-Barcelona-Spain) – josep.puigsech@uab.cat – <https://orcid.org/0000-0002-2308-2454>

**Cómo citar / How to cite:** Puigsech Farràs, Josep (2022). «Lecturas e interpretaciones del ciclo huelguístico en Cataluña. El Consulado británico en Barcelona, 1931-1933», *Historia Contemporánea*, 70, 787-819. (<https://doi.org/10.1387/hc.21948>).

Recibido: 10 agosto, 2020; aceptado: 22 febrero, 2021.

ISSN 1130-2402 - eISSN 2340-0277 / © 2022 Historia Contemporánea (UPV/EHU)



Esta obra está bajo una Licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

## Introducción

Norman King y el Consulado británico en Barcelona entre septiembre de 1931 y diciembre de 1933 no fueron ni un cónsul cualquiera, ni un consulado cualquiera. Uno y otro no alcanzaron el estatus de embajador, ni de sede de la embajada británica en España. Pero ambos ostentaron un estatus de *primus inter pares* entre el conjunto del cuerpo y estructura consular británico en España.

El Foreign Office lo oficializó con unos emolumentos para su cónsul en Barcelona que superaban la media del salario de cualquier otro cónsul británico<sup>1</sup>. Londres reconocía su dilatada y eficiente carrera, iniciada con el ingreso en el cuerpo consular con 27 años, para posteriormente encabezar diferentes consulados, entre ellos Barcelona desde 1926 a 1938<sup>2</sup>. Esa jerarquía también se trasladó al conjunto de delegaciones consulares en Barcelona, sobre las que King ostentó una notable ascendencia que, incluyó, el cargo de decano del cuerpo consular en 1933<sup>3</sup>. El cónsul también marcó un perfil propio que, partiendo de su esnobismo, racismo y clasicismo<sup>4</sup>, se escoró hacia el extremo más conservador de la ortodoxia conservadora británica. Ahora bien, es igualmente cierto que King compartió la procedencia aristocrática o de alta burguesía, así como una formación académica elitista, que caracterizó abrumadoramente al conjunto del Foreign Office<sup>5</sup>. El cónsul también se integró perfectamente en la estructura jerárquica y la lógica eficiente que caracterizó a las delegaciones diplomáticas británicas a nivel mundial, centradas en abastecer de información a un Foreign Office que dominó las decisiones y prácticas de la política exterior británica desde enero de 1930<sup>6</sup>. King enviaba sus informes a la embajada, siempre con una copia específica para un Foreign Office cuyos funcionarios del Departamento de Europa Occidental valoraban los contenidos recibidos, así como las coincidencias o diferencias respecto a los informes sobre Cataluña que les podía remitir la embajada —confecionados habitualmente a partir de los contenidos del propio informe con-

<sup>1</sup> Thomas, 2007, p. 106.

<sup>2</sup> Mackie, 2014, p. 282.

<sup>3</sup> «La entrada de año. Recepción en la Generalidad», *La Vanguardia*, 3-1-1933, p. 10; y «El Cuerpo Consular», *La Vanguardia*, 27-12-1933, p. 6.

<sup>4</sup> Thomas, 2007, pp. 107 y 122.

<sup>5</sup> Moradiellos, 1990, p. 119.

<sup>6</sup> McKercher, 2005, p. 87.

sular—. King mantuvo una comunicación permanente con la embajada, pero la importancia de la evolución de los sucesos en Cataluña fue quien determinó su regularidad y detalle. El consulado también le remitió los informes de los vicecónsules que estaban bajo su jurisdicción —región aragonesa y costa mediterránea hasta Murcia—, con quienes establecía contacto cuando se producía algún suceso relevante en sus respectivas zonas de influencia, especialmente a nivel económico o social<sup>7</sup>.

El consulado en Barcelona también era especialmente estratégico para Londres, tanto desde una óptica internacional como nacional. Primero, porque formaba parte de la red de consulados que garantizaban la influencia británica sobre el Mediterráneo, es decir, la principal ruta desde la metrópoli hasta las colonias asiáticas como la India o los dominios en Australia y Nueva Zelanda, que permitía reducir notablemente la distancia respecto a la ruta de la costa africana y por la que circulaba una cuarta parte de las importaciones del conjunto del imperio<sup>8</sup>. Además, Barcelona era clave por su proximidad respecto a la frontera francesa y, con ello, a un competidor imperial de Londres —especialmente en el norte de África y el Lejano Oriente—, así como un país determinante para la estabilidad en la Europa continental<sup>9</sup>. Y, segundo, porque era clave para garantizar las inversiones británicas en esta región. No en vano, Cataluña concentraba la segunda colonia más importante de ciudadanos británicos en España, unos 1.500<sup>10</sup>, debido al gran volumen de inversiones que realizaban en esta región<sup>11</sup>. Así, pues, el conflicto social en Barcelona tenía que mirarse con lupa, no solo como ciudad en constante lucha<sup>12</sup>, sino también desde julio de 1909 como epicentro de un activo ciclo revolucionario obrero según la lectura del propio consulado<sup>13</sup>.

La trayectoria de King y el consulado británico en Barcelona permite, por lo tanto, reconstruir una de las vertientes significativas de la evolución de la Segunda República, su dimensión internacional, y hacerlo desde la perspectiva de la primera potencia europea e imperial mundial<sup>14</sup>.

---

<sup>7</sup> Así se ha constado en esta investigación tras el análisis pormenorizado del conjunto de los informes consulares entre 1931-1933.

<sup>8</sup> Moradiellos, 1990, pp. 60-61 y Jorge, 2017, p. 165.

<sup>9</sup> Moradiellos, 1990, pp. 64-66.

<sup>10</sup> Moradiellos, 1997, pp. 35-37.

<sup>11</sup> Maluquer, 1998, pp. 120-121 y Balcells, 2004, pp. 683-685.

<sup>12</sup> Ealham, 2005.

<sup>13</sup> Puigsech, 2019, pp. 487-490.

<sup>14</sup> Moradiellos, 1996, pp. 1-10.

Ello, además, ayuda a superar el limitado interés historiográfico que hasta el momento habían generado las relaciones bilaterales entre España y Gran Bretaña durante la etapa republicana<sup>15</sup>, y, más aún, el reducido interés por el consulado en Barcelona<sup>16</sup>. La franja comprendida entre septiembre de 1931 y diciembre de 1933 establece no solo un nuevo registro cronológico para el análisis del período republicano, sino una reivindicación del valor cualitativo de esos primeros años y, especialmente, de la Segunda República como etapa con entidad propia<sup>17</sup>. Se superan, pues, las clásicas divisiones en función de la lógica gubernamental y se apuesta por el conflicto social como vector analítico e interpretativo de la trayectoria republicana, lo que explica su finalización en diciembre de 1933 en la medida que a partir de esa fecha el interés consular por la cuestión social en Cataluña se evaporó en favor de la cuestión nacional y, específicamente, la proclamación de Lluís Companys de octubre de 1934 y sus consecuencias.

Definidos estos parámetros, la tesis de nuestro artículo se focaliza en cómo la lectura que realizó el consulado sobre el ciclo huelguístico en Cataluña, fundamentada en las huelgas de septiembre de 1931, enero de 1932, así como enero, mayo y diciembre de 1933, situó a esta región como principal epicentro de la subversión revolucionaria obrera en España desde el inicio de la Segunda República. Con ello, se identificará

<sup>15</sup> La única monografía sobre esta temática corresponde a longeva aportación de Little, 1985, aunque incluía también la visión de la diplomacia de EEUU. Moradiellos, 1990, pp. 69-75 y Moradiellos, 1996, pp. 24-39 reconstruyó sintéticamente los aspectos más significativos de las posiciones diplomáticas británicas sobre la Segunda República, pero como parte introductoria de un análisis centrado en los años de la Guerra Civil. Viñas, 2011, recorrió ciertos episodios, pero focalizando su interés en las raíces de la etapa republicana como antecedente del inicio de la Guerra Civil. Berdah, 2002, pp. 1-87 y Stone, 2005, pp. 15-52 se situaron en el juego de equilibrios entre las principales potencias internacionales, sin ser aportaciones monográficas sobre el caso hispano-británico ni estar ceñidas a 1931-1936. Por su parte, Jorge, 2017, pp. 160-177 afrontó los prejuicios y hostilidad británica respecto a España comparando la óptica gubernamental con la embajada en España entre 1931-1939.

<sup>16</sup> La única reconstrucción específica de esta etapa se encuentra en Moradiellos 1997, pp. 35-45, ampliada con la Guerra Civil en Moradiellos, 2000, pp. 21-25 y Moradiellos, 2012, pp. 141-150. Más recientemente González, 2021, pp. 113-330 ha recopilado algunos informes consulares, de forma panorámica y sin focalizarse en el caso británico, para analizar la mirada de diferentes cuerpos diplomáticos sobre la Cataluña de 1931-1939.

<sup>17</sup> Véase, por ejemplo, Rey, 2011, p. 35, Cruz, 2014, pp. 13-17 o Morente *et al.*, 2016, pp. 10-11.

qué tipo de reconstrucción factual se realizó sobre este ciclo; qué argumentos de forma, pero también de fondo, se utilizaron; por qué se identificó como revolucionario; cuál fue el peso y significado que se otorgaron a las huelgas que el consulado identificó; y, finalmente, qué conclusiones se derivaron de ello. Ahora bien, King no proporcionó solo un estadio de opinión. El cónsul, con su lectura, ejerció presión sobre la embajada y los analistas del Foreign Office para que rectificasen la mirada relativamente amable que proyectaban sobre la Segunda República. King, además, se mostró como un ferviente defensor de los principios rectores de la política exterior británica, aunque atenazado por los temores al gran enemigo ideológico de Londres, el comunismo; y, también, la herencia de 1909 y su ciclo revolucionario de largo recorrido en Cataluña.

Los resultados que se evidencian en esta investigación han sido posibles gracias a los fondos del Foreign Office en los Archivos Nacionales Británicos (The National Archives, TNA) en Kew (Londres), que concentran los informes del cuerpo diplomático británico en España, así como del Archivo Estatal de Historia Sociopolítica (RGASPI) en Moscú, epicentro de los fondos de la Internacional Comunista (IC) que permiten coleccionar buena parte de las tesis realizadas por el cuerpo diplomático. Las fuentes hemerográficas, básicamente británicas, han completado el resto.

## **Una primera y segunda revolución obrera en Cataluña que marcaron profundamente**

La Segunda República ha sido percibida como el primer modelo democrático de la historia contemporánea de España y con lógica reformista<sup>18</sup>, incluso revolucionaria según algunas perspectivas<sup>19</sup>, fundamen-

---

<sup>18</sup> González Calleja *et al.*, 2015, pp. 18-26. Siguiendo esa misma línea, pero desde ópticas diferenciadas, Graham, 2002, pp. 45-48, Ranzato, 2006, pp. 109-117, Santos Juliá, 2006, pp. XI-XII, Fontana, 2007, p. 44, Romero Salvadó, 2005, pp. 27-28 o Rey, 2011, p. 38, entre otros. En contraposición, Arranz Notario, 2012, pp. 56-74 cuestiona el carácter democrático debido a la incapacidad republicana para estabilizar el sufragio universal y la trayectoria gubernamental.

<sup>19</sup> Cruz, 2014, pp. 13-14 y 302-307 lo identificó en positivo, argumentando la transformación estructural que supuso en la condición de la ciudadanía y la propia estructura del Estado. Payne, 2017, p. 29, lo concibió en negativo, identificándolo como un largo proceso de superación de fases que, en cada estadio, multiplicaba y acentuaba los conflictos en el país.

tada en una pluralidad de opciones políticas y sociales que superan la imagen estereotipada de las dos Españas y que apuestan por una diversidad de nuevas y amplias ideas e identidades<sup>20</sup>.

El salto que supuso esta nueva etapa no pasó desapercibido para el conjunto de la diplomacia británica en España. Pese a que el país ocupaba un lugar secundario en los intereses geopolíticos británicos a nivel mundial, es igualmente cierto que Londres le otorgaba un estatus nada menospreciable, debido a su relevancia geográfica para las rutas marítimas a través del Mediterráneo, su papel en el mantenimiento del equilibrio geopolítico en la Europa continental —evitando una alianza específica con Francia— y el significativo peso de las inversiones británicas en el país —que suponían el 13,3% del total en Europa—<sup>21</sup>. King asumió la responsabilidad del momento histórico que le tocó afrontar. Pero su interés no se focalizó en el mayor o menor calado democrático de la nueva etapa, sino en dos aspectos que consideró nucleares en el caso de Cataluña. A saber, la cuestión nacional —que no es objeto de este artículo— y la contestación obrera<sup>22</sup>. Esta última fue afrontada consciente del legado de los últimos veinticinco años.

1909 marcó la génesis. El embajador A. Hardinge, pero más acentuadamente el cónsul Guy Gilliat-Smith, caracterizaron los sucesos de julio de 1909 como una revolución obrera<sup>23</sup> y, con ello, situaron Cataluña como epicentro de la revolución en la España del siglo xx y estigmatizaron el movimiento obrero catalán como nido de conspiradores revolucionarios. La huelga fue considerada inicialmente espontánea y con trasfondo social. Pero al día siguiente ya fue categorizada como una revolución obrera. La autoría se atribuyó al anarcosindicalismo. Hardinge y Gilliat-Smith mostraron su rechazo. Primero, porque eran contrarios a cualquier tipo de ruptura abrupta y que, además, implicase el uso de la violencia, ya que no entraba ni en sus esquemas mentales, ni en los intereses pragmáticos del conjunto del *establishment* británico. Y, segundo, porque chocaban con su carácter obrero, en la medida que este último era antagónico al modelo

<sup>20</sup> Morente *et al.*, 2016, pp. 12-24.

<sup>21</sup> Moradiellos, 1996, pp. 18-23 y Berdah, 2002, pp. 5 y 88.

<sup>22</sup> Little, 1986, pp. 65-76 y Moradiellos, 1997, p. 37.

<sup>23</sup> Embajador y cónsul coincidieron así con las aportaciones historiográficas que más recientemente han refutado la categorización de julio de 1909 como una *Semana Trágica* y han reivindicado su carácter revolucionario, como Pich Mitjana y Martínez Fiol, 2019.

capitalista y clasista, así como al liberalismo parlamentario, que defendían los representantes de Su Majestad<sup>24</sup>.

1919 supuso la continuación. Pese a la distancia entre Petrogrado-Moscú y Barcelona, así como las limitadas informaciones que llegaron a España sobre los episodios revolucionarios en Rusia, la caracterización de los bolcheviques como comunistas, así como la creación de la IC en marzo de 1919, explicitaron la voluntad de los revolucionarios rusos para extender la revolución comunista al resto del planeta. Esta coincidencia cronológica con el inicio de la huelga de la *Barcelona Traction Light and Power*, conocida popularmente como *La Canadiense*, activó todas las alarmas entre la diplomacia británica en España. El nuevo cónsul en Barcelona, Charles S. Smith, así como el embajador Hardinge, la percibieron como una protesta social. Pero también derivaron rápidamente a una calificación como revolucionaria. Desde su punto de vista, el comunismo ruso era el responsable a nivel ideológico y organizativo. Mientras tanto, el apoyo financiero alemán había hecho el resto. Para la diplomacia británica, ambos buscaban la desestabilización de España a través de fomentar el estallido de una revolución obrera en Barcelona y su área de influencia industrial<sup>25</sup>. Así, pues, dos fantasmas confluían en esa lectura: Alemania, uno de los dos grandes competidores de la hegemonía británica en Europa, adversario durante la Gran Guerra y foco clave de los intentos para desestabilizar España durante el citado conflicto, que incluyeron fuertes tensiones diplomáticas con los representantes británicos y franceses en suelo español —especialmente entre 1916 y 1917—<sup>26</sup>; y Rusia, el ogro comunista. 1909 había sido sinónimo de revolución anarcosindicalista. Y 1919 lo era de revolución comunista. Sus consecuencias, además, se arrastraron más allá del episodio de *La Canadiense*. La conflictividad social que se vivió en Cataluña durante el resto de ese año fue considerada su consecuencia directa y con esos mismos mentores. El consulado incluso creó un Departamento Antibolchevique, con la finalidad de informar a la embajada y a los analistas del Foreign Office sobre la penetración del comunismo en la capital catalana y su área de influencia industrial<sup>27</sup>.

Esta preocupación por la presencia y expansión del comunismo no fue un episodio febril del consulado. Pero podría pensarse lo contrario si

---

<sup>24</sup> Puigsech, 2019, pp. 487-491.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pp. 491-498.

<sup>26</sup> González Calleja y Aubert, 2014, pp. 283-312.

<sup>27</sup> Puigsech, 2019, pp. 498-504.

tenemos presente el escaso peso político y penetración social del comunismo en España entre 1919-1935. En esos años, el comunismo navegó entre la marginalidad social y el sectarismo político que, además, en el caso específico catalán se acentuó por una fuerte fragmentación, con formaciones separatistas y otras situadas en la heterodoxia ideológica respecto a Moscú<sup>28</sup>. Pero los representantes de Su Majestad en España eran una pieza clave del engranaje de la política exterior británica posterior a la Primera Guerra Mundial, cuya preocupación por el comunismo era absoluta en la medida que lo consideraban la principal amenaza para los intereses británicos a nivel internacional —y nacional—. Así, pues, a partir de esa fecha cualquier movimiento subversivo procedente del obrerismo era identificado automáticamente como comunista y, por extensión, revolucionario. La política exterior británica estaba focalizada en frenar cualquier posible expansión del comunismo, real o ficticio, fuera de las fronteras de la Rusia soviética, primero, y de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), posteriormente. Esta animadversión se explicaba por factores políticos, en la medida que el comunismo era percibido como antagónico al liberalismo; por vectores económicos, puesto que suponía una declaración de guerra tanto al capitalismo como sistema, como a la preeminencia económica británica en las actividades comerciales e inversoras a nivel mundial cuando, además, Gran Bretaña era el centro financiero mundial post-1918; y, también, por elementos geopolíticos, en la medida que representaba una amenaza para la hegemonía política mundial de Gran Bretaña, debido al proyecto internacionalista comunista, como para la estabilidad política, económica y social de su vasto imperio, a raíz del discurso favorable a la liberación de las naciones oprimidas y la subversión social<sup>29</sup>.

La evolución interna de Gran Bretaña se erigió en otro factor clave para explicar la animadversión de la diplomacia británica respecto al comunismo. La procedencia social y la formación elitista de sus miembros se sumó a su preocupación por la constante y notable conflictividad social que se registró en el país tras la Primera Guerra Mundial. La con-

---

<sup>28</sup> Para el conjunto de España son relevantes las cifras y datos aportados por Martín Ramos, 2021, pp. 40-70, Elorza y Bizcarrondo, 1999, pp. 100-238 y Hernández Sánchez, 2010, pp. 43-65. Para el caso catalán, Durgan, 2016, pp. 26-76 y Puigsech, 2017, pp. 67-90 y 181-199.

<sup>29</sup> Little, 1985, pp. 18-22, Bartlett, 1989, pp. 16-98, Moradiellos, 1996, pp. 10-18, Johnson, 2005, pp. 1-12 y Murfett, 2014, pp. 41-63.

flictividad durante los años veinte, que tuvo su cenit en la huelga general de 1926 considerada como la primera huelga de masas en Gran Bretaña, se acentuó a raíz del impacto de la crisis económica mundial de 1929, llegando a una cifra máxima de casi 3.000.000 de parados en enero de 1933. La permanente oposición al comunismo por parte de los sectores conservadores británicos, tanto cuadros políticos como votantes de base, también jugó a favor de esa animadversión. Y a ello se le unieron las reticencias y desconfianzas del Partido Laborista (LP) hacia el comunismo, la Rusia soviética y la URSS, pese a que en 1924 el gobierno encabezado por Ramsey MacDonald reconoció al Gobierno soviético y aprobó un préstamo para permitirle el pago de las deudas de preguerra, llegando incluso a establecer relaciones diplomáticas y de forma permanente con la URSS en 1929 aunque quedando marcadas por un profundo recelo y frialdad que se trasladó también a la política exterior británica<sup>30</sup>.

La creación de la Government Code and Cypher School (GC&CS) en 1919 por orden del Gobierno británico y bajo control del Foreign Office fue el mejor ejemplo de esa preocupación británica hacia el comunismo. Se trataba de una entidad permanente cuyo objetivo era interceptar las comunicaciones diplomáticas y clandestinas extranjeras. Uno de sus puntos de interés prioritarios era la Rusia soviética, y posteriormente la URSS, a raíz de los temores sobre sus actividades de espionaje y fomento de la subversión comunista a nivel mundial<sup>31</sup>. Ahora bien, no fue hasta finales de 1933 cuando inició en España la interceptación de las primeras comunicaciones procedentes del Comité Ejecutivo de la IC que, además, evidenciaron una conexión Moscú-Madrid basada fundamentalmente en envíos de fondos financieros para el Partido Comunista de España (PCE), así como instrucciones tácticas y estratégicas. Ello constataba la limitada importancia que la GC&CS concedía al caso español, debido a la baja incidencia social y limitada presencia política de los comunistas en España<sup>32</sup>. Ahora bien, resulta especialmente significativa la fecha de finales de 1933: algo había cambiado en la percepción británica durante ese año para iniciar sus actividades en España. A buen seguro que la dinámica huelguística en Cataluña entre 1931-1933 fue uno de los factores que activó su interés.

---

<sup>30</sup> Taylor, 1989, pp. 120-204 y 243-253 y Wasson, 2016, pp. 240-281.

<sup>31</sup> Viñas, 2011, pp. 140-141.

<sup>32</sup> *Ibidem*, pp. 143-144.

Retornando al cordón umbilical que el consulado británico estableció entre 1909 y 1919 en Cataluña, este se mantuvo latente tras la huelga de *La Canadiense* aunque con baja intensidad. El consulado, pese a la conflictividad social durante la década de los años veinte en la capital catalana y su área de influencia industrial a raíz del pistolerismo<sup>33</sup>, consideró que esa situación quedaba compensada por la eficiencia de los Sindicatos Libres así como por la capacidad represiva de las autoridades gubernamentales. La Dictadura de Primo de Rivera fue recibida entusiastamente, pero su poca fiabilidad en el período final, así como la provisionalidad de los dos gobiernos que la sucedieron, condujeron a una lectura crítica respecto a la incapacidad de las autoridades para estabilizar la situación. El consulado en Barcelona se mostró especialmente preocupado por un potente sindicalismo de raíz anarquista y, en menor medida, por la existencia de grupos comunistas. El nuevo embajador a partir del verano de 1928, George Grahame, apuntó a la ineptitud de las autoridades políticas — monarca incluido —, como principal factor disruptivo de la estabilidad política y social del país, además de descartar cualquier estallido en forma de revolución obrera en Cataluña, aunque reconoció la capacidad de esa región para desestabilizar el sistema<sup>34</sup>.

### **Comunismo, ficticio o real, como base para iniciar el ciclo huelguístico**

El inicio de la trayectoria republicana en Cataluña marcaría las primeras distancias entre consulado y embajada. Grahame no dudó en criticar los actos insurreccionales anarcosindicalistas y reconocer el peligro latente de la extrema izquierda durante la trayectoria inicial de la Segunda República. Pero sus análisis pormenorizados y realistas sobre la evolución política española no divisaron ninguna revolución cercana, Cataluña incluida. Ello, no obstante, no supuso enterrar los temores sobre un posible estallido revolucionario. Pero el embajador se mostró relativamente condescendiente con la nueva etapa, se concentró en tejer excelentes relaciones políticas entre Madrid y Londres —sin que le condicionase el color político de los diferentes gobiernos republicanos— y focalizó su interés en la política comercial entre ambos Estados. No en vano, Grahame res-

<sup>33</sup> Roig, 1999, pp. 258-261, Romero Salvadó, 2007, pp. 185-236 y Smith, 2007, pp. 323-345.

<sup>34</sup> Little, 1986, pp. 36-54 y Viñas, 2011, p. 60.

pondría a una figura con perfil progresista, trato afable, con una respetada y dilatada carrera en el cuerpo diplomático que, además, tendría su último destino en España —jubilándose en julio de 1935—<sup>35</sup>. Sintomático de todo ello fue su papel determinante para el reconocimiento de la República por parte del Gobierno británico el 22 de abril de 1931<sup>36</sup>.

En cambio, la animadversión de King a la Segunda República fue evidente desde sus primeros segundos de vida, convirtiéndose en uno de los principales instigadores de su leyenda negra<sup>37</sup>. King, sin lugar a dudas, llevó al extremo la preocupación e inquietud que generó la caída de la monarquía y la proclamación de la Segunda República en el conjunto del aparato diplomático británico en España<sup>38</sup>. El cónsul calificó su llegada como sinónimo de caos. En primer lugar, aseguró que junto a las libertades políticas, de las que eran un buen ejemplo la liberación de prisioneros políticos, la Segunda República evidenció su incapacidad para gestionarlas, ya que también liberó a delincuentes comunes. La nueva república, pues, fue radiografiada como una mezcla de ingenuidad, ineficacia y descontrol. En segunda instancia, puso sobre la mesa un limitado apoyo popular. Apuntó la sorpresa y desorientación que mostraron un amplio número de barceloneses ante los sucesos del 14 de abril, situándolos en un escenario indefinido entre la desidia y la sorpresa, que en todo caso los alejó de un entusiasmo y, más aún, masivo. Finalmente, señaló una flagrante falta de confianza respecto a las autoridades republicanas en Barcelona. Primero, porque consideró que no contaron con el beneplácito del Gobierno Provisional de Madrid; y, segundo, porque la figura política que encarnó el nuevo proyecto en Cataluña, Francesc Macià, le generó especial desconfianza. King lo identificó como extremista, tanto por su defensa del separatismo, como por su ubicación ideológica en el arco republicano progresista<sup>39</sup>. No obstante, esta imagen se matizaría un par de semanas después debido a las negociaciones de Macià con las autoridades del Gobierno Provisional<sup>40</sup>.

---

<sup>35</sup> Little, 1985, p. 71, Moradiellos, 1997, p. 34, Berdah, 2002, pp. 36-37 y Viñas, 2011, pp. 138 y 162-168.

<sup>36</sup> Ribelles, 2021, pp. 138-146.

<sup>37</sup> Moradiellos, 1997, p. 37.

<sup>38</sup> Moradiellos, 1996, pp. 24-26.

<sup>39</sup> «Carta al M. H. A. Henderson», 15/04/1931, FO371/15771/41/46, pp. 45-49, The National Archives (TNA).

<sup>40</sup> «Carta a Sir H. Grahame», 22/04/1931, FO371/15772/41/46, p. 120, TNA.

A diferencia de King, Grahame se mostró más benevolente con Macià desde un primer momento. El embajador le otorgó un papel clave para sofocar las revueltas anticlericales en Barcelona<sup>41</sup>. Grahame estableció así la línea hegemónica de la diplomacia británica en España respecto a Macià. La única discrepancia al respecto —al margen de King— la protagonizaría uno de los consejeros de su propia embajada. Maurice Peterson, que acabaría siendo embajador británico en la España franquista, lo calificó como *enfant terrible*. El motivo fueron unas declaraciones que atribuyó a Macià en las que aseguró que el separatismo había conseguido una de sus mayores cuotas en Cataluña y ello legitimaba el inicio de una guerra entre Cataluña y España. Peterson también se mostró escéptico con la rectificación pública de Macià en favor de un acuerdo con las autoridades republicanas estatales, ya que lo consideró una estrategia que sería revocada si no conseguía obtener aquello que consideraba oportuno por parte del Gobierno de la República<sup>42</sup>.

La lectura negativa de King era una clara declaración de intenciones sobre cómo pensaba afrontar la nueva etapa. Y el cónsul jugó fuerte desde el primer momento en relación a la contestación obrera: el comunismo fue situado en el tablero de juego. King elaboró sendos informes en los que se mostró convencido que una organización comunista actuaba en la capital catalana y en contacto directo con la URSS. Su objetivo sería situar la nueva república bajo control soviético<sup>43</sup>. Grahame no dio ningún tipo de credibilidad a esta afirmación<sup>44</sup> y, además, consideró que el sur de España era el único lugar donde podrían establecerse contactos con Moscú para fomentar una revolución<sup>45</sup>. El episodio quedó frenado aquí. Incluso King reconoció semanas después que la influencia comunista en Cataluña era mínima. Ello, junto con las consideraciones del embajador, llevó a los analistas del Foreign Office a concluir que el comunismo tenía un escaso apoyo en Cataluña, así como en el resto de España, y que el anarcosindicalismo seguía siendo la principal amenaza dentro del obrerismo catalán<sup>46</sup>. No obstante, el cónsul había identificado el vector comunista como protagonista de la realidad catalana y de un posible estallido revolucio-

<sup>41</sup> «Carta al M. H. A. Henderson», 21/05/1931, FO371/15772/41/46, p. 20, TNA.

<sup>42</sup> «Carta al M. H. A. Henderson», 02/06/1931, FO371/15772/41/46, p. 100, TNA.

<sup>43</sup> Little, 1985, p. 71.

<sup>44</sup> Moradiellos, 2000, p. 22.

<sup>45</sup> Moradiellos, 1996, p. 27.

<sup>46</sup> Little, 1985, p. 71 y Moradiellos, 2012, p. 143.

nario, en contraste no solo con el resto del cuerpo diplomático británico en España, sino también con un cuerpo diplomático alemán y francés que atribuían ese protagonismo exclusivamente al anarquismo<sup>47</sup>.

King había construido una quimera. El cónsul estaba hipotecado por su clasismo y elitismo y, derivado de ello, se mostraba contrario a cualquier tipo de cambio estructural. Su esnobismo y racismo que, de hecho, no era excepcional dentro del aparato diplomático británico a nivel mundial, le condicionó significativamente a la hora de preconcebir y evaluar a los catalanes en concreto, y al resto de los españoles en su conjunto, fuera del círculo de las poblaciones civilizadas de Europa<sup>48</sup>. En segundo lugar, ciertamente existían núcleos comunistas en Barcelona y su área de influencia industrial, aunque otra cuestión era la sobredimensión que les otorgó. Y, tercero, King era partícipe de la lógica anticomunista que caracterizaba la política exterior británica, de los recelos al comunismo que estaban presentes en Gran Bretaña, así como del peso del ciclo de la revolución obrera en Cataluña que habían definido sus predecesores en 1909 y 1919. King coincidía así con George Mounsey, subsecretario adjunto del Departamento de Europa Occidental y defensor de las tesis que situaban la participación de la URSS en la crisis española de 1931 y la posterior proclamación de la República<sup>49</sup>. King y Mounsey evidenciaban la existencia de algunas figuras en el Foreign Office, aunque muy reducidas, que discrepaban del relato mayoritario y, con ello, creaban una sombra de duda estructural sobre la etapa republicana.

Por ello, no debe sorprendernos que King volviese a las andadas tan solo tres meses después. Las constataciones recibidas de un informador anónimo le permitieron situar el comunismo en la escena catalana y, ahora, vincularlo explícitamente con el separatismo. La ecuación consistió en que Macià, en tanto que máxima autoridad de la principal fuerza política catalana, Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), había establecido contactos con diferentes delegados de la IC en Francia. Macià habría obtenido apoyo organizativo y financiero del organismo internacionalista, a través del PCE, para fomentar una insurrección obrera en Sevilla y, desde aquí, extenderla a Barcelona y al resto de España. El objetivo era derrocar el nuevo Gobierno de la República. El mecanismo era una huelga general revolucionaria y, recordando la lectura del propio King del 14 de

---

<sup>47</sup> Berdah, 2002, p. 37.

<sup>48</sup> Thomas, 2007, pp. 106-107 y 121-122.

<sup>49</sup> Moradiellos, 1990, p. 70.

abril, el objetivo final situar la República bajo control de Moscú. La contrapartida para Macià era la colaboración de diferentes agentes de la IC para fomentar una insurrección separatista en la región franco-catalana del Rosellón e incorporarla a una futura República Catalana. King incluso se atrevió a cuantificarlo: Macià tenía bajo sus órdenes un cuerpo armado formado por unos 2.000 efectivos, cuya financiación había recaído en manos del PCE a través de un ingreso de 2.000.000 de pesetas desde la IC<sup>50</sup>.

No consta en los fondos documentales británicos que Grahame o los analistas del Foreign Office diesen crédito a esta lectura. Tampoco consta ninguna referencia a este episodio en RGASPI. Tampoco en la literatura que específicamente abordó las relaciones entre Macià y la IC. Es cierto que existieron contactos entre ambos y con una lógica no tan distante de la indicada por King, pero cronológicamente fueron bastante anteriores. Las relaciones entre Macià y la IC habían quedado rotas a mediados de los años veinte. El Comité Ejecutivo de la IC había aprobado la financiación de una insurrección, desde el sur de Francia y comandada por Macià, para derrocar la Dictadura de Primo de Rivera e iniciar una revolución comunista en España a finales de noviembre de 1925. La insurrección tenía que ser resultado de una alianza entre los obreros del conjunto del país y los nacionalistas catalanes y vascos. Este proyecto también mostraba simpatías por la cuestión nacional catalana, pero no las concretaba más allá. Finalmente, no se acabó ejecutando. Macià se sintió profundamente defraudado e indignado y a partir de ese instante rompió cualquier posible nuevo contacto con la IC y su esfera<sup>51</sup>.

Así, pues, King volvía a quedarse aislado como centinela británico en Cataluña contra el comunismo. No obstante, su lectura basada en la alianza entre comunismo y separatismo respondía a una lógica coherente. Al fin y al cabo, Macià y el Comité Ejecutivo de la IC habían acordado, con ayuda financiera de Moscú, una insurrección contra la Dictadura de Primo de Rivera y el apoyo soviético a una revuelta separatista en una parte de la Cataluña francesa. Los contactos y el acuerdo, por lo tanto, habían existido... pero en el pasado. En todo caso, y más allá del conocimiento que King, así como su informador, podían tener de todo ello en 1931, la apuesta teórica de la IC favorable a la liberación de las naciones oprimidas era un factor que provocaba desconfianza entre los in-

<sup>50</sup> «Carta a Sir H. Grahame», 07/08/1931, FO371/15775/41/46, p. 38, TNA.

<sup>51</sup> Ucelay-da Cal y Esculies, 2015, pp. 181-197.

tegrantes de la política exterior británica. No en vano, era un potencial peligro para la estabilidad de su imperio y un potencial acicate para los movimientos nacionalistas en Europa, que podía fomentar la desestabilización política del viejo continente. Obviamente, la IC se refería a las naciones oprimidas que formaban parte de Estados imperiales y en ningún caso pensaba en minorías nacionales inseridas dentro de Estados sólidos y de extensión notable en Europa, como era el caso catalán en España.

Ahora bien, King no se frenó aquí. La losa con la que marcó la proclamación de la Segunda República, así como la presencia del comunismo como agente activo conspirativo en Cataluña, le permitió situar el inicio de un ciclo huelguístico en Cataluña y caracterizarlo, como había sucedido en 1909 y 1919, como insurreccional y, por extensión, revolucionario. La huelga de septiembre de 1931, que realmente no fue más allá de una protesta por las detenciones de unos cincuenta militantes cenetistas<sup>52</sup>, fue escogida para ello. No obstante, King se vio forzado a realizar un doble salto: abandonar la idea del matrimonio y complot entre separatismo y comunismo, así como relegar la conspiración comunista a un segundo nivel<sup>53</sup>.

El cónsul estableció el inicio del ciclo huelguístico en la huelga general del 3 y 5 de septiembre de 1931 en Barcelona, cuyo balance final se situó en tres obreros muertos y una treintena de militantes cenetistas detenidos<sup>54</sup>. Macià fue mantenido en el dibujo, aunque sin vincularlo con la esfera comunista. El alcalde de la ciudad, Jaume Aiguadé, también fue incorporado. Uno y otro fueron acusados de mostrar una actitud pactista y de consenso con los huelguistas, en la medida que negociaron su rendición a cambio de garantizarles el respeto de sus vidas. En cambio, King aplaudió la actitud y acciones expeditivas de la Guardia Civil y, especialmente, del gobernador civil de Barcelona desde agosto de 1931, José Oriol Anguera de Sojo, profundamente autoritario y cuya prioridad era imponer su autoridad en las calles<sup>55</sup>.

No obstante, el cónsul se mostró preocupado por el carácter insurreccional de la huelga, su trasfondo revolucionario, así como por el precedente que establecía para el devenir de la etapa republicana. La ausencia comunista como protagonista de su relato, debido a la falta de recorrido

---

<sup>52</sup> Termes, 2000, p. 137.

<sup>53</sup> «Carta a Sir H. Grahame», 07/09/1931, FO371/15775/41/46, pp. 88-96, TNA.

<sup>54</sup> Termes, 2000, p. 137.

<sup>55</sup> Ealham, 2005, p. 106.

del círculo Macià-comunismo, le forzó a desplazar ese protagonismo a un viejo conocido, el anarcosindicalismo. La Federación Anarquista Ibérica (FAI) fue considerada su promotora. Desde la perspectiva consular, anarcosindicalismo y comunismo compartían una posición escorada en la extrema izquierda del movimiento obrero en Cataluña y, por tanto, la conexión entre ambos era considerada natural e incluso se podía identificar prácticamente a uno como sinónimo del otro, ya que los percibía como parte de un mismo movimiento comunista internacional. El cónsul se mostró convencido que el objetivo último de la FAI era derrocar no solo el Gobierno republicano-socialista, sino el modelo liberal-capitalista que defendía la Segunda República. Con ello, King demostraba que había interiorizado y comprendido la esencia de la FAI como sector más ortodoxo del anarcosindicalismo en España, partidario sin matices de la revolución libertaria, de derrocar el capitalismo y el Estado burgués, aunque no identificó el carácter esencialmente de militancia de base que conformaba el perfil de sus integrantes, ni tampoco su limitada penetración social<sup>56</sup>. King tampoco comprendió que anarcosindicalismo y comunismo se encontraban —y así continuaría durante el conjunto de 1931-1933— distanciados. Si los primeros rechazaban cualquier aliado político, aplicando no solo una lógica apolítica sino también antipolítica, los segundos seguían fielmente las pautas de una IC que mantenía distancia absoluta respecto a cualquier aproximación o colaboración con la esfera libertaria<sup>57</sup>.

La huelga, retornando a la lectura del cónsul, no pudo alcanzar el estadio revolucionario debido a la rápida y eficiente reacción de la Guardia Civil y el gobernador civil. Pero evidenció una hostilidad de fondo contra la Segunda República: su objetivo era fomentar un ambiente cada vez más irrespirable contra ella y el Gobierno para así derivar a una revolución obrera. King se mostró convencido que la convocatoria y praxis de la huelga había demostrado, primero, la capacidad de la FAI para poner en práctica medidas específicas que fomentasen la revolución; y, segundo, su hegemonía dentro del obrerismo barcelonés.

Sin embargo, esto último no se ajustaba a la realidad. El anarcosindicalismo en la capital catalana y su área de influencia industrial estaba bajo dominio cenetista<sup>58</sup>, aunque es cierto que la FAI intentó liderar las dinámicas revolucionarias dentro del anarcosindicalismo en Cataluña desde el

<sup>56</sup> Christie, 2010, p. 50.

<sup>57</sup> Casanova, 1997, p. 61 y Elorza y Bizcarrondo, 1999, p. 141-185.

<sup>58</sup> Ealham, 2005, pp. 115-167, Aisa, 2013, pp. 196-209 o Vadillo, 2019, pp. 171-193.

inicio de la etapa republicana<sup>59</sup>. La ausencia de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en la lectura del cónsul dejaba a esta última fuera del círculo de la insurrección revolucionaria. Y en este sentido, King coincidía con las perspectivas historiográficas que más recientemente ha afrontado la trayectoria cenetista. La CNT no solo se había considerado parte del proceso que permitió la llegada de la República, sino que lo apoyó, defendió el desarrollo del Estado republicano —pero exigiendo medidas a favor de la clase obrera— y nunca rehusó el comunismo libertario como finalidad última aunque, eso sí, apostó por mantener el pragmatismo revolucionario del que ya había hecho gala durante la Dictadura de Primo de Rivera<sup>60</sup>. Otra cuestión, pero, eran las tensiones crónicas que vivió el anarcosindicalismo durante la etapa republicana y que el cónsul no identificó. La FAI se postuló como defensora de la ortodoxia insurreccional y apolítica, articulándose fundamentalmente a través de grupos de acción. En cambio, los sectores dirigentes del cenetismo agrupados en el trentismo intentaron mantener la autonomía del sindicato respecto a esos grupos aunque estos últimos, especialmente a partir del otoño de 1932, ganarían presencia en la CNT y acabarían alcanzando el control del sindicato<sup>61</sup>.

La lectura de King se completó con la presencia de un complot internacional como responsable de la huelga. El cónsul recuperaba así una ecuación que su antecesor había aplicado en 1919. King se mostró convencido que alemanes y soviéticos eran cómplices necesarios de la FAI. Los primeros se habían encargado de fabricar y comercializar las armas —bombas, pistolas y municiones— que utilizaron los huelguistas. Mientras tanto, los soviéticos las adquirieron en el mercado internacional y distribuyeron entre los huelguistas. Esta afirmación no se ha documentado en los diferentes estudios sobre la esfera anarcosindicalista y la citada huelga<sup>62</sup>, ni tampoco en los fondos RGASPI. Pero con esta lectura, el cónsul situaba el inicio de un ciclo huelguístico en Cataluña cuyo objetivo último era desencadenar una huelga revolucionaria a corto plazo contra el Gobierno de la Segunda República, contando para ello con un apoyo internacional, tanto de alemanes como, y lo más importante, soviéticos.

---

<sup>59</sup> Aisa, 2013, p. 196.

<sup>60</sup> Ealham, 2005, pp. 115-122 y Vadillo, 2019, pp. 189-194.

<sup>61</sup> Casanova, 1997, pp. 89-96 y Termes, 2011, pp. 405-412.

<sup>62</sup> Christie, 2010, pp. 109-132 o Vadillo, 2021, pp. 151-162.

La maquinaria puesta en marcha ya no tenía freno. Y así se evidenció en el siguiente episodio huelguístico, enero de 1932. Para empezar, King le atribuyó un trasfondo revolucionario, que la historiografía también ha reconocido<sup>63</sup> y ha situado como la primera insurrección anarquista durante la etapa republicana<sup>64</sup>. Ahora bien, aquello que le pasó desapercibido al cónsul fue que la CNT intervino como protagonista y con una estrategia de enfrentamiento directo contra la República. Era la reacción del cenetismo a la falta de concreción y aplicación de medidas favorables a la clase obrera, pero también a la presión que suponía el aumento de la protesta obrera en el conjunto de España. La CNT iniciaba así una estrategia de *gimnasia revolucionaria* que perduraría hasta finales de 1933<sup>65</sup>.

En todo caso, la huelga de la cuenca minera del Alto Llobregat de inicios de 1932, considerada como la primera señal de alerta seria para el Foreign Office<sup>66</sup>, debe ceder este estatus a la huelga de septiembre de 1931, tal y como acabamos de ver. Otra cuestión es que Grahame y King coincidiesen a la hora de identificar la gravedad de esos sucesos. El embajador situó el epicentro del conflicto en la ciudad de Manresa y los municipios de su área de influencia, situados en la cuenca minera del Alto Llobregat. Detectó diferentes conatos en Barcelona. Unos y otros fueron atribuidos al anarcosindicalismo, sin diferenciar entre CNT y FAI, o sin tener presente que esta última no participó en su organización<sup>67</sup>. El cónsul, por su parte, atribuyó su desactivación a la eficiencia de la Guardia Civil —pero no explícitamente al gobernador civil de Barcelona—, añadiendo posteriormente al Gobierno de la República en virtud de la expulsión del país de 108 líderes obreros implicados en la huelga<sup>68</sup>. No obstante, King dejó en el olvido el resto de la dura represión gubernamental, concretada en la clausura de los sindicatos en esa área comarcal y más de 200 encarcelados, unas cifras que contrastaban con la ausencia de fallecidos durante el conflicto huelguístico<sup>69</sup>.

<sup>63</sup> Aisa, 2013, pp. 218-219.

<sup>64</sup> Termes, 2011, p. 415.

<sup>65</sup> Vadillo, 2019, pp. 208-211.

<sup>66</sup> Moradiellos, 2000, p. 17.

<sup>67</sup> Christie, 2010, pp. 139-143.

<sup>68</sup> «Carta a Sir John Simon», 23/01/1932, FO371/16505/41, p. 46, TNA y «Carta a Sir John Simon», 15/02/32, FO371/16505/41, p. 83, TNA.

<sup>69</sup> Huertas Clavería, 1982, p. 246.

## El comunismo sigue presente en el ciclo huelguístico en Cataluña

La lectura consular había situado la huelga de septiembre de 1931 como inicio del ciclo huelguístico. Enero de 1932 había sido considerada su continuación. Y el cenit sería situado en la huelga de enero de 1933. Esta última alarmó profundamente a los diplomáticos británicos en España, en la medida que identificaron un anarcosindicalismo con capacidad para generar una insurrección que derrocara la Segunda República y, junto a ello, visualizaron un comunismo con más fuerza de lo que se podía pensar inicialmente<sup>70</sup>. Mientras tanto, historiográficamente ha sido considerada como el punto culminante de la estrategia de la *gimnasia revolucionaria*, pero siendo Casas Viejas y no Cataluña quién ostentó el protagonismo<sup>71</sup>, aunque en el caso catalán se contabilizaron diez anarquistas muertos como resultado de los enfrentamientos<sup>72</sup>. Tras esta huelga el consulado situaría otras dos: mayo de 1933 y diciembre de 1933. Esta última cerraría el ciclo, siendo identificada como un episodio revolucionario por parte del consulado y la embajada, como también se ha reconocido historiográficamente para el conjunto de España<sup>73</sup>, aunque en el caso catalán no llegó a proclamarse el comunismo libertario como sí sucedió en zonas de Aragón, Rioja y Castilla<sup>74</sup>.

Grahame no dudó en calificar enero de 1933 como revolucionario y, con ello, alarmó a los analistas del Foreign Office. El embajador situó los sucesos de Cataluña dentro de un análisis del conjunto de España, pero concedió a Barcelona el estatus de *primus inter pares* en la medida que la capital catalana fue considerada como el referente para el resto de grandes ciudades del país. El uso de bombas, armas y municiones como denominador común de los huelguistas justificó esa calificación. Desde su punto de vista, la violencia que se llevó a cabo fue metódicamente planificada y ejecutada. Primero, asalto a los cuarteles menos protegidos de las fuerzas del orden, donde se encontraban armas y municiones que fueron utilizadas posteriormente por los huelguistas; líneas de telégrafo, teléfono y red ferroviaria interrumpidas total o parcialmente; y expansión de la huelga más allá de los epicentros que conformaban las grandes ciudades. Y, en

---

<sup>70</sup> Moradiellos, 2000, p. 23.

<sup>71</sup> Vadillo, 2019, pp. 210-211.

<sup>72</sup> Huertas Clavería, 1982, p. 247.

<sup>73</sup> González Calleja *et al.*, 2015, pp. 769-946.

<sup>74</sup> Aisa, 2013, p. 226.

segundo lugar, una clara voluntad de derrocar al Gobierno de la República y extender un proceso insurreccional en el conjunto del país. Barcelona, Lleida, Madrid, Cádiz y Valencia se habían convertido en los ejes de una peligrosa conspiración revolucionaria forjada en la connivencia entre anarquistas y comunistas. Zaragoza, Cuenca, Sevilla y Murcia fueron situadas en un lugar complementario.

En este esquema interpretativo, la capital catalana brilló con luz propia. Primero, por el elevado número de bombas, armas y municiones que se utilizaron y que, a ojos del embajador, explicó la elevada cifra de fallecidos. Y, segundo, por la capacidad que demostró para extenderse en<sup>75</sup>:

(...) algunas de las pequeñas ciudades manufactureras de la provincia. Según los datos estadísticos procedentes del Jefe de la Policía de Barcelona, se dispone de información que corrobora la extensión del complot; y que el plan adoptado consistió en asaltar los cuarteles cuando únicamente había guardias en su custodia y aprovechar así el uso de las armas y la munición.

Las principales lecciones que Grahame extrajo de este episodio fueron dos. En primer lugar, la buena salud que ostentaba la extrema izquierda, en la que incluía tanto a anarquistas como a comunistas, en clara connivencia en su preparación y ejecución, tanto a nivel organizativo como práctico, con la voluntad de asaltar el poder. Y, en segunda instancia, la necesidad imperiosa de disponer de un gobierno comprometido, primero, con el uso de la fuerza cuando fuese necesaria; y, segundo, rápido y eficiente a la hora de adoptar medidas que garantizaran la estabilidad para el conjunto del Estado y, con ello, para los intereses políticos y económicos británicos en España. La lectura de Grahame evidenció cómo había asumido en gran medida tesis presentadas por su cónsul en Barcelona en ocasiones anteriores<sup>76</sup>.

King, por su parte, presentó una reconstrucción más detallada y aportó elementos de matiz relevantes respecto a Grahame<sup>77</sup>. El cónsul calificó el origen de la huelga como un complot. Situó una céntrica avenida de la capital catalana, La Rambla, como foco inicial de una huelga que desde el primer momento fue identificada como revolucionaria. La tarde del 10

<sup>75</sup> «Carta a Sir John Simon», 10/01/1933, FO371/17426/41, pp. 189-190, TNA.

<sup>76</sup> *Ibidem*.

<sup>77</sup> «Sin título», 10/01/1933, FO371/17426/41, pp. 197-201, TNA.

de enero de 1933 la policía detuvo a los pasajeros de un taxi que llevaban bombas y diferentes armas. Ello provocó un intercambio de disparos, que se extendieron en buena parte de la ciudad durante un número indeterminado de horas, así como un lanzamiento continuado de bombas. Numerosas detenciones, heridos y nueve muertos fue el balance inicial. Los huelguistas tenían como objetivo detonar los cuarteles de la policía y ocupar los cuarteles del Ejército, edificios públicos, estaciones de tren, sedes de teléfono y telégrafo, así como la estación autónoma de radio del Tibidabo. Esta dinámica también la aplicaron a otras localidades de la provincia barcelonesa. El único factor positivo fue la corta duración de la insurrección, ya que dejó inactiva la ciudad solo durante un día. Un mérito que fue atribuido, otra vez, al gobernador civil de Barcelona.

El contraste entre King y el embajador se visualizó cuando el cónsul consideró que los huelguistas difícilmente dispusieron de un plan predefinido y un programa de fondo, tratándose solo de acciones viscerales resultado de una voluntad violenta: (...) *la destrucción y el terrorismo parecen haber sido sus objetivos principales*<sup>78</sup>.

Los huelguistas fueron calificados como criminales. King volvió así a utilizar un recurso que le permitió descalificar la huelga revolucionaria en tanto que proyecto político y, cómo no, ello la incapacitó para disponer de cualquier tipo de legitimidad. El cónsul subió el tono en comparación con Grahame. No dudó en identificar solo asesinatos a sangre fría como *modus operandi* habitual, sino también una crueldad salvaje, sin paliativos, aunque en este último caso aceptó que no todos los episodios vividos se ajustaron a este esquema. King, sin embargo, no ignoró su capacidad organizativa, evidenciada con la acumulación de armas y municiones. Ahora bien, si Grahame situó los protagonistas de la insurrección en la esfera anarcosindicalista, como también King, este último añadió un factor que el embajador obvió pero que formaba parte del hilo conductor con el que Grahame marcó tanto el inicio de la etapa republicana en Cataluña como el del ciclo huelguístico: la URSS había financiado la compra de armas, bombas y municiones. La dupla comunismo-anarcosindicalismo era confirmada como protagonista de la revolución obrera en Cataluña.

Las valoraciones de King, y también las de Grahame, tenían una clara proyección social y, derivada de ella, política. Pero el factor económico también estuvo ligado a ambas. Al fin y al cabo, los intereses económicos

---

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 197.

británicos en Cataluña estaban en juego si no se garantizaba el orden social y la estabilidad política que permitiera controlar y diluir cualquier posible acción subversiva. Y más aún si tenemos presente que Gran Bretaña era el Estado que más inversiones directas había realizado y realizaba en España desde mediados del siglo XIX<sup>79</sup>. Las cifras se situaban en un 40% respecto al total de las inversiones extranjeras en el país para el conjunto de la etapa 1931-1935, la mayor parte en la industria minera, después el sector eléctrico y, posteriormente, el ferroviario, agroexportador y transporte marítimo<sup>80</sup>. Cataluña ocupaba un lugar relevante en esta lista, especialmente en el sector eléctrico, aunque sin menospreciar tampoco el minero. Un simple dato era muy significativo: *La Canadiense* se había convertido en la empresa que concentraba el mayor volumen individual de capital británico invertido en España, debido a su monopolio prácticamente absoluto del mercado y producción eléctrica en Barcelona y en el conjunto de Cataluña, así como a su estatus como primera empresa de producción eléctrica de toda España —con unos niveles que superaban el 20% de la producción del conjunto del país—<sup>81</sup>.

Precisamente el director gerente de *La Canadiense*, Fraser Lawton, no dudó en informar al consulado que su empresa había quedado significativamente dañada por la huelga. Seis torres de transmisión fueron atacadas con cargas de dinamita y, pese a que pudieron resistir, necesitaban reparaciones urgentes. Lawton disparó dardos envenenados contra sus trabajadores. Utilizando como argumento que el gobernador civil de Barcelona le advirtió que los obreros con filiación sindical podían ser responsables de actos como los que se acababan de vivir, no hizo otra cosa que tirar más leña al fuego. Primero, intentando forzar una reacción de los representantes diplomáticos británicos para que presionasen a las autoridades gubernamentales de cara a actuar con más contundencia contra el movimiento obrero. Y, segundo, esperando que las autoridades republicanas realizasen algún tipo de compensación económica para reparar las infraestructuras que habían quedado dañadas<sup>82</sup>.

Aunque es cierto que la lectura del conjunto de la diplomacia británica en España concluyó que el peligro revolucionario no era agudo en el país

<sup>79</sup> Berdah, 2002, p. 37.

<sup>80</sup> Moradiellos, 1996, pp. 23-24 y Graham, 2005, pp. 37-38.

<sup>81</sup> Capel y Urteaga, 1994, pp. 58-77 y Feliu, 2012, pp. 119-120.

<sup>82</sup> «Sin título», 11/01/1933, FO371/17426/41, p. 201, TNA.

en estas fechas<sup>83</sup>, la radiografía de la situación catalana situó a esta región en una dinámica especialmente preocupante. Enero de 1933 constató que pese a la capacidad que seguían manteniendo las autoridades republicanas para derrotar las insurrecciones obreras, estas últimas habían alcanzado un estatus revolucionario de alta dimensión no solo en la forma, sino también en el fondo. La eficiente capacidad organizativa demostrada por los huelguistas, así como su puesta en práctica, la permanente presencia del apoyo soviético, y el hecho que la capital catalana fuese nuevamente el foco de la insurrección obrera, eran mucho más preocupantes que la capacidad gubernamental para sofocarlas. Pero, además, otro cambio sustancial se había producido respecto a septiembre de 1931 y enero de 1932: por primera vez desde el inicio de la etapa republicana en Cataluña, la cúspide del empresariado británico le mostraba su malestar y preocupación por la huelga, así como por su virulencia, exigiendo soluciones inmediatas. El ciclo huelguístico en Cataluña, por lo tanto, había alcanzado su cenit. Y más aún: la lectura realizada por el consulado en enero de 1933 era equivalente a la realizada en 1919, con la excepción de la presencia alemana, que ahora había desaparecido.

El primer episodio que se afrontó una vez se llegó a ese cenit fue la huelga general de cuarenta y ocho horas prevista para el 9 de mayo de 1933, convocada por el Comité Nacional de la CNT para exigir la libertad de los cenetistas encarcelados así como la recuperación de la actividad de su prensa y sindicatos clausurados, aunque acabaría fracasando ya que no fue seguida por la militancia<sup>84</sup>. Grahame la situó como respuesta a la legislación aprobada por el Gobierno de la República en abril de 1932 y al nuevo proyecto de Ley de Orden Público. El modo de actuación previsto, según el embajador, había sido el mismo que el diseñado para enero de 1933. Pero el Gobierno de la República, aprovechando esa experiencia, actuó con mucha más celeridad, requisando armas y prensa, clausurando centros de reunión y practicando detenciones de algunos dirigentes. La huelga fue desactivada preventivamente en Barcelona y el resto de Cataluña, a diferencia de Játiva, Alicante, Valencia, Zaragoza y Gijón<sup>85</sup>.

King ponderó en algunos casos, y amplió en otros, las afirmaciones de su embajador. El cónsul se felicitó por el fracaso de la huelga en la capital catalana. Pero, rebatiendo a Grahame, se mostró convencido que se ha-

---

<sup>83</sup> Moradiellos, 1996, p. 27.

<sup>84</sup> Termes, 2011, p. 428.

<sup>85</sup> «Sin título», 09/05/1933, FO371/17426/41, pp. 1-4, TNA.

bía extendido al conjunto de Cataluña y, además, preveía su extensión al resto de España. El cónsul constató que en numerosas localidades catalanas —sin especificarlas— se había detenido la producción industrial. Los enfrentamientos entre huelguistas y Guardia Civil habían estado a la orden del día. Y si la huelga finalmente había fracasado, había sido gracias a la eficiente actuación del gobernador civil: había actuado con rapidez, así como aplicado de forma expeditiva el cierre de los locales cenetistas y la detención de diferentes organizadores.

King se mostró sorprendido por la escasa repercusión que tuvo la huelga en la capital catalana. El cónsul consideró que los obreros adheridos habían sido menos de los previstos debido, primero, a la dimensión política que se habían conferido a la huelga, a diferencia de lo que había sucedido en otras convocatorias en las que el factor social había sido el elemento central; y, segundo, a la celeridad y eficiencia de las medidas adoptadas por el gobernador civil<sup>86</sup>. Los cumplidos a este último se situaban, primero, en la misma línea que los realizados por Grahame al Gobierno de la República tras su praxis implacable para acabar con la insurrección de Casas Viejas en enero de 1933, que también validaron los analistas del Foreign Office en Londres<sup>87</sup>; y, segundo, en la misma dinámica de aquellos realizados por el embajador en 1932, radiografiando los miembros del Gobierno del Bienio Progresista como distantes a cualquier tipo de tesis revolucionarias<sup>88</sup>.

Ahora bien, otras dos cuestiones destacaron especialmente en la lectura de esta huelga. En primer lugar, se reprodujo un comportamiento que ya había sido denunciado a raíz de la huelga de enero de 1933 y que afectaba a las empresas de o con capital británico. *Riegos y Fuerza del Ebro*, que formaba parte del conglomerado de empresas vinculadas a *La Canadiense* y con Lawton como presidente y director desde 1924<sup>89</sup>, se presentó como víctima: tres torres de la empresa recibieron una fuerte explosión y provocaron la caída de dos líneas de transmisión eléctrica. *Cooperativa Society*, por su parte, vio cómo cuatro torres fueron atacadas y destruidas, provocando la caída de todas sus líneas de producción eléctrica y

<sup>86</sup> «Carta al Muy Honorable G. D. Grahame», 09/05/1933, FO371/17426/41, p. 7, TNA y «Carta al Muy Honorable G. D. Grahame», 15/05/1933, FO371/17426/41, p. 8, TNA.

<sup>87</sup> Berdah, 2002, p. 89.

<sup>88</sup> Viñas, 2011, p. 166.

<sup>89</sup> Capel y Hurteaga, 1994, pp. 16, 29-30 y 53.

forzando la paralización de sus actividades que, de hecho, acabaron afectando a tres líneas más de *Riegos y Fuerza del Ebro*. Y, en segundo lugar, nada se comentó sobre la participación comunista en esta huelga. Precisamente el rápido fracaso en Barcelona fue, muy probablemente, la clave para explicar por qué King optó por la ausencia del complot internacional comunista.

No obstante, el consulado era consciente que el camino de no retorno marcado en enero de 1933 pesaba demasiado. Y así se apreció a raíz de la huelga del 9 de diciembre de 1933, interpretada como el último episodio del ciclo huelguístico de 1931-1933 en Cataluña por parte del consulado. King identificó explosiones de bombas, así como disparos de pistolas y fusiles en una buena parte de los suburbios de Barcelona. Los municipios fronterizos de La Torrassa, Collblanc, Hospitalet y El Prat de Llobregat reprodujeron también los enfrentamientos vividos en jornadas anteriores entre Guardia Civil y huelguistas. El centro de Barcelona y, por tanto, los edificios estatales, quedaron exentos de estos enfrentamientos como resultado, nuevamente, de la capacidad del gobernador civil para proteger los puntos neurálgicos de la ciudad. La insurrección, que era otorgada a la CNT, pero sobre todo a la FAI, tenía como objetivo, según el cónsul, proclamar el comunismo libertario en Cataluña y, a partir de aquí, extenderlo al resto de España. Los comunistas no aparecían en la confabulación. Pero King volvía a utilizar el recurso de la FAI como su sinónimo y sustituto natural. En todo caso, si hubo algún responsable de fondo de esta huelga, y aquí se encontraba una sorpresa si tenemos presente el cordón umbilical que se había establecido desde 1919, era la incompetencia del Gobierno de la República. El cónsul le acusaba de actuar con excesiva tolerancia en el orden público, debido a la aprobación de leyes que habían eliminado la pena de muerte y que establecieron una legislación demasiado laxa para evitar huelgas e insurrecciones obreras de talante revolucionario<sup>90</sup>. King, sin lugar a dudas, estaba sobredimensionando esa huelga, ya que la mayor parte de los dirigentes anarquistas habían sido detenidos previamente y el intercambio de disparos había sido prácticamente anecdótico en la capital catalana, mientras que en el resto de Cataluña la huelga también tuvo escaso éxito, con centenares de militantes cenetistas detenidos<sup>91</sup>.

---

<sup>90</sup> «Carta al Muy Honorable G. D. Grahame», 12/12/1933, FO371/17427/41, pp. 345-349, TNA.

<sup>91</sup> Termes, 2011, p. 431 y Christie, 2010, pp. 151-152.

## Y tras el ciclo huelguístico, ¿un oasis más extenso de lo que podía pensarse?

La preocupación consular por el ciclo huelguístico en Cataluña entre 1931-1933 no había sido ningún brindis al sol. Metalurgia, construcción y textil habían concentrado mayoritariamente una espiral huelguística traducida en 391 huelgas y 86.000 huelguistas en 1931, junto a 245 huelgas y 22.400 huelguistas en 1932. Estos datos suponían más de 1/3 de las huelgas del conjunto de España en 1931 y 1932, así como más de 1/3 de los huelguistas en 1931 y menos de 1/4 en 1932. En 1933 se contabilizaron 168 huelgas y 59.000 huelguistas, que suponían menos de 1/4 del total de huelgas y del 10% de los huelguistas del conjunto de España<sup>92</sup>. El impacto de esta realidad incluso despertó el interés de una parte de la sociedad británica —aunque las cronologías e interpretaciones no fueron siempre coincidentes—, constatando así la trascendencia de las dinámicas radiografiadas por el cónsul. El Partido Comunista de la Gran Bretaña (CPGB) identificó un ciclo huelguístico desde abril de 1931 hasta diciembre de 1933, caracterizándolo como conflicto de clases<sup>93</sup>. El ámbito anarquista se decantó por un proceso insurreccional protagonizado exclusivamente por cenetistas y faistas desde 1932, con el objetivo de establecer el comunismo libertario en el conjunto de España<sup>94</sup>. Los círculos vinculados al LP lo visualizaron a partir de enero 1933 y lo atribuyeron a diferentes complots anarquistas<sup>95</sup>. En cambio, la esfera conservadora situó el inicio en enero de 1932, con una lógica de complot comunista y, posteriormente, anarquista<sup>96</sup>.

En cualquier caso, después de la tormenta, llegó la calma. No era ninguna novedad. La lectura del consulado sobre la lógica de la revolu-

<sup>92</sup> Tuñón de Lara, 1972, p. 909 y Termes, 2011, p. 405.

<sup>93</sup> «General Strike In Barcelona», *Daily Worker*, 16-4-1931, p. 1; «National Independence and the Struggle in Spain. Demands Of The Working Class In Catalonia», *Daily Worker*, 27-4-1931, p. 3; y «Fighting Continues In Spanish Towns. General Strike In Many Areas: Death Toll Of 100», *Daily Worker*, 12-12-1933, p. 1.

<sup>94</sup> «The New Spanish Dictatorship», *Freedom Bulletin*, junio 1932, pp. 3-4.

<sup>95</sup> «Spanish Revolt Crushed», *Daily Herald*, 10-1-1933, p. 9; y «100 Killed in Spanish Rebellion», *Daily Herald*, 11-12-1933, p. 1.

<sup>96</sup> «Outbreak in Catalonia», *The Times*, 22-1-1932, p. 10; «The Communist Revolt in Catalonia: Rounding-Up The Rebels», *The Times*, 16-1-1932, p. 10; «Anarchist Plot in Barcelona», *The Times*, 7-11-1933, p. 13; y «Extremist Threats in Catalonia», *The Times*, 18-11-1933, p. 12.

ción obrera en Cataluña desde 1909 había quedado caracterizada por este juego entre la explosión insurreccional y la posterior estabilidad. Y ahora se volvió a aplicar. El esquema se había ajustado a la realidad en 1909. En cambio, 1919 le atribuyó una calma menor a lo acontecida, puesto que se silenció parcialmente el pistolero. Y 1931-1933 también dejaría en el olvido algunos aspectos determinantes.

King comprendió acertadamente que a partir de diciembre de 1933 había finalizado la *gimnasia revolucionaria* aplicada por la CNT desde 1932. El cenetismo había quedado hipotecado por la represión de las autoridades gubernamentales —especialmente a raíz de la ley marcial y la derogación de derechos civiles tras las insurrecciones de enero de 1932, enero de 1933 y diciembre de 1933—, el fracaso de las insurrecciones en las que participó y, también, las divisiones internas, incluyendo una ostensible reducción de militantes en algunas partes del país<sup>97</sup>. No obstante, el cónsul asimiló CNT y FAI como un mismo cuerpo y, además, dejó en el olvido la losa que supuso para ambas la derrota de octubre de 1934 a nivel estatal<sup>98</sup>.

King también visualizó un idílico ciclo de oasis social en Cataluña tras diciembre de 1933 que extendió, como mínimo, hasta febrero de 1936. Julio marcó un cambio en esta lógica tras el asesinato de un destacado empresario textil británico en Barcelona, culminando a partir del 19 de julio con lo que King identificó como una infernal revolución social en Cataluña<sup>99</sup>. El consulado pasaría así de identificar la primera, segunda y tercera revolución obrera en Cataluña como resultado de una huelga, a hacerlo como resultado de una rebelión militar. Y no solo eso. Julio de 1936 marcaría el inicio de un ciclo de muy larga duración, en el que se recuperaría la dupla anarcosindicalismo-comunismo para describir un escenario de revolución social colectivista que le recordaba a la Rusia bolchevique<sup>100</sup>.

El consulado pondría así punto final al ciclo de la revolución obrera en Cataluña en el siglo xx. La huelga de febrero-marzo de 1951, el siguiente episodio relevante de contestación obrera en la capital catalana después de 1936, no pasaría inadvertido para la diplomacia británica. Pero el esquema aplicado sería muy diferente: 1951 como ola de protestas po-

---

<sup>97</sup> Ealham, 2002, p. 96 y Vadillo, 2019, pp. 211-212.

<sup>98</sup> Aisa, 2013, pp. 230-237.

<sup>99</sup> Little, 1985, pp. 130-151 y 184-220, Viñas, 2011, pp. 198-199 y Moradiellos, 2012, pp. 145-155.

<sup>100</sup> Las valoraciones de la diplomacia británica sobre la revolución obrera en Cataluña tras julio de 1936 pueden seguirse detalladamente en Moradiellos, 2000, pp. 26-36.

pulares frente a las condiciones de vida y la lógica represiva de la dictadura franquista. En ningún caso se catalogó como una huelga revolucionaria. Y, mucho menos aún, como una revolución social<sup>101</sup>.

## Conclusiones

La frontal oposición consular a la proclamación de la Segunda República y cómo el comunismo fue percibido permanentemente como una amenaza estructural desde abril de 1931, en alianza con los sectores identificados como extremistas —tanto separatistas como anarcosindicalistas—, fueron claves para entender por qué el consulado británico identificó el ciclo huelguístico de 1931-1933 en Cataluña como revolucionario y, específicamente, enero de 1933 como su cenit. Con ello, Cataluña ponía en cuestión dos de las tres grandes lógicas que marcaron la política exterior británica de los años treinta: el fomento y la protección de los intereses económicos británicos en el extranjero, así como la estabilidad interna del Estado y, con ella, la garantía para preservar el *status quo* existente.

La reconstrucción realizada en este artículo ha evidenciado cómo la huelga de enero de 1933 hizo saltar las alarmas del consulado en pleno Bienio Progresista, sin necesidad de esperar a la etapa del Bienio Conservador en la que se podía presuponer una reacción insurreccional por parte del obrerismo. Ello implicó una primera grieta respecto a la imagen de confianza de la diplomacia británica hacia el conjunto de las autoridades republicanas tras el verano de 1932. Pero King también abrió una segunda grieta. En este caso, la confianza respecto a las autoridades republicano-socialistas durante el Bienio Progresista, ya que se distanció de aquellas que se situaban en el primer escalafón —Gobierno de la República— y abrazó las del segundo —gobernador civil—. En todos los episodios del ciclo 1931-1933, King situó prácticamente siempre al expeditivo gobernador civil de Barcelona como figura clave para explicar su derrota. Nunca identificó en ello al Gobierno de la República. Es más, el episodio de diciembre de 1933 supuso una crítica explícita a la actuación gubernamental por su actuación poco expeditiva.

La perspectiva de King para alertar sobre la bomba de relojería que se estaba generando en Cataluña entre septiembre de 1931 y diciembre

---

<sup>101</sup> Richards, 1999, pp. 543-585.

de 1933 también ha quedado fuera de cualquier duda. Pese a sobredimensionar la presencia del comunismo en Cataluña, identificó los sectores más extremistas del movimiento obrero en esta región, los emparentó en una operación de precisión quirúrgica —que no de bulto— y, además, se mantuvo fiel a los dogmas marcados por la política exterior británica. King también aportó datos relevantes, aunque no siempre justificados sobre bases empíricas, sobre la contestación obrera en Cataluña y dejó constancia de las vinculaciones y presiones de los grandes inversores británicos en esta región. Y, por si todo ello no fuera suficiente, leyó e insirió el ciclo huelguístico en Cataluña entre 1931-1933 dentro del esquema interpretativo que había inaugurado la diplomacia consular británica en Barcelona en 1909, caracterizándolo como la tercera revolución obrera de la Cataluña del siglo XX.

Y una última cuestión. La imagen transmitida por King a la embajada y a los analistas del Foreign Office no penalizó a Cataluña, ni al conjunto de la Segunda República, a corto plazo, porque sus perspectivas fueron descartadas desde Londres. Pero sí las condicionó, porque generó una nebulosa de sospecha permanente sobre la situación de esta región. Y no solo eso. Estableció un esquema interpretativo que él mismo recuperaría y acentuaría a raíz de la Guerra Civil que, además, también mantendría la embajada.

## Fuentes

Archivo Estatal de Historia Sociopolítica (RGASPI, Moscú).

The National Archives (TNA, Kew —Londres—).

*Daily Herald*.

*Daily Worker*.

*Freedom Bulletin*.

*La Vanguardia*.

*The Times*.

## Bibliografía

AISA, Ferran, *CNT. La força obrera de Catalunya (1910-1939)*, Base, Barcelona, 2013.

ARRANZ NOTARIO, Luis, «La Segunda República y las exigencias de la democracia», en ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y REY, Fernando del, *El laberinto repu-*

- blicano. *La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, RBA, Barcelona, 2012, pp. 49-74.
- BALCELLS, Albert, «Catalunya contemporània», en BALCELLS, Albert (dir.), *Història de Catalunya*, L'esfera dels llibres, Barcelona, 2004, pp. 581-886.
- BARTLETT, C. J., *British Foreign Policy in the Twentieth Century*, Macmillan, Basingstoke, 1989.
- BERDAH, Jean-François, *La democracia asesinada. La República española y las grandes potencias. 1931-1939*, Crítica, Barcelona, 2002.
- CAPEL, Horacio y URTEAGA, Luis, «El triunfo de la hidroelectricidad y la expansión de “La Canadiense”», en CAPEL, Horacio (dir.), *Las Tres Chimeneas. Implantación industrial, cambio tecnológico y transformación de un espacio urbano barcelonés*, FECSA, Barcelona, 1994, Vol. 2, pp. 13-81.
- CASANOVA, Julián, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Crítica, Barcelona, 1997.
- CHRISTIE, Stuart, *¡Nosotros los anarquistas! Un estudio de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) 1927-1937*, PUV, Valencia, 2010.
- CRUZ, Rafael, *Una revolución elegante. España 1931*, Alianza Editorial, Madrid, 2014.
- EALHAM, Chris, «The crisis of organized labour: the battle for hegemony in the Barcelona workers' movement, 1930-6», en SMITH, Angel (ed.), *Red Barcelona. Social Protest and Labour Mobilization in the Twentieth Century*, Routledge, Londres/Nueva York, 2002, pp. 88-107.
- EALHAM, Chris, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto 1898-1937*, Alianza, Madrid, 2005.
- ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Crítica, Barcelona 1999.
- FELIU, Gaspar, *Història econòmica de Catalunya*, Base, Barcelona, 2012.
- FONTANA, Josep, «Com i per què va arribar la República?», en RISQUES, Manel (coord.), *Visca la República!*, Proa, Barcelona, 2007, pp. 25-49.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y AUBERT, Paul, *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial 1914-1919*, Alianza, Madrid, 2014.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, COBO ROMERO, Francisco, MARTÍNEZ RUS, Ana y SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco, *La Segunda República Española, Pasado&Presente*, Barcelona 2015.
- GONZÁLEZ I VILALTA, Arnau, *Cataluña en la crisis europea (1931-1939). ¿Irlanda española, peón francés o URSS mediterránea?*, Milenio, Lleida, 2021.
- GRAHAM, Helen, *La República española en guerra (1936-1939)*, Debate, Barcelona, 2002.
- GRAHAM, Helen, *The Spanish Civil War. A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2005.
- HUERTAS CLAVERÍA, Josep M., *Obrers a Catalunya. Manual d'història del moviment obrer (1840-1975)*, L'Avenç, Barcelona, 1982.

- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando, *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Crítica, Barcelona, 2010.
- JOHNSON, Gaynor, «Introduction. The Foreign Office and British Diplomacy in the Twentieth Century», en JOHNSON, Gaynor (ed.), *The Foreign Office and the British Diplomacy in the Twentieth Century*, Routledge, Londres, 2005, pp. 1-12.
- JORGE, David, «Gran Bretaña y la Segunda República Española: Prejuicios históricos y progresiva hostilidad», en EGIDO LEÓN, Ángeles (ed.), *La Segunda República y su proyección internacional*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2017, pp. 160-187.
- JULIÁ, Santos, «Introducción», en JULIÁ, Santos (coord.), *República y Guerra en España (1931-1939)*, Espasa Calpe, Pozuelo de Alarcón, 2006, pp. XI-XXIV.
- LITTLE, Douglas, *Malevolent neutrality. The United States, Great Britain and the Origins of the Spanish Civil War*, Cornell University Press, Londres, 1985.
- MACKIE, Colin A., *A Directory of British Diplomats*, Foreign & Commonwealth Office, Londres, 2014.
- MALUQUER, Jordi, *Història econòmica de Catalunya. Segles XIX i XX*, Proa, Barcelona, 1998.
- MARTÍN RAMOS, José Luis, «El PCE, desde su origen hasta la Guerra Civil (1920-1936)», en ERICE, Francisco (dir.), *Un siglo de comunismo en España I. Historia de una lucha*, Akal, Madrid, 2021, pp. 11-77.
- MCKERCHER, B. J. C., «The Foreign Office, 1930-39: Strategy, Permanent Interests and National Security», en JOHNSON, Gaynor (ed.), *The Foreign Office and the British Diplomacy in the Twentieth Century*, Routledge, Londres, 2005, pp. 87-109.
- MORADIELLOS, Enrique, *Neutralidad benévola. El Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, Pentalfa, Oviedo, 1990.
- MORADIELLOS, Enrique, *La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la guerra civil española*, Siglo XXI, Madrid, 1996.
- MORADIELLOS, Enrique, «El Gobierno Británico y Cataluña durante la Segunda República», *Cuadernos republicanos*, 30, 1997, pp. 35-45.
- MORADIELLOS, Enrique, «El gobierno británico y Cataluña durante la República y la guerra civil. Del «oasis catalán» al infierno de la revolución social», *El Basilisco*, 27, 2000, pp. 21-36.
- MORADIELLOS, Enrique, «La embajada en Gran Bretaña durante la guerra civil», en VIÑAS, Ángel (dir.), *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil*, Marcial Pons, Madrid, 2010, pp. 89-119.
- MORADIELLOS, Enrique, *La guerra de España (1936-1939)*, RBA, Barcelona, 2012.
- MORENTE, Francisco, POMÉS, Jordi y PUIGSECH, Josep, «Introducción», en MORENTE, Francisco, POMÉS, Jordi y PUIGSECH, Josep (eds.), *La rabia y la idea*.

- Política e identidad en la España republicana (1931-1936)*, Zaragoza, Prentice-Hall de la Universidad de Zaragoza, 2016.
- MURFETT, Malcom, *Shaping British Foreign and Defence Policy in the Twentieth Century: A Tough Ask in Turbulent Times*, Palgrave Macmillan, Basingstoke/Hampshire, 2014.
- PAYNE, Stanley G., *Alcalá Zamora and the Failure of the Spanish Republic, 1931-1936*, Sussex, Brighton/Portland/Toronto, 2017.
- PICH MITJANA, Josep y MARTÍNEZ FIOL, David, *La Revolución de Julio de 1909. Un intento fallido de regenerar España*, Comares, Granada, 2019.
- PUIGSECH, Josep, *La Revolució Russa i Catalunya*, Eumo, Vic, 2017.
- PUIGSECH, Josep, «Bolxevisme i alguna cosa més. Els interessos britànics a Catalunya i la resposta diplomàtica a la vaga de La Canadenca», *Afers. Fulls de recerca i pensament*, XXXIV, 93, 2019, pp. 481-505.
- RANZATO, Gabriele, *El eclipse de la democracia. La Guerra Civil española y sus orígenes, 1931-1939*, Siglo XXI, Madrid, 2006.
- REY, Fernando del, «Introducción: La democracia y la brutalización de la política en la Europa de entreguerras», en REY, Fernando del (dir.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Tecnos, Madrid, 2011, pp. 17-42.
- RIBELLES, Silvia, *Un diplomático al servicio de Su Majestad. Sir George Dixon Grahame (1873-1940)*, Comares, Granada, 2021.
- RICHARDS, Michael, «Falange, Autarky and Crisis: The Barcelona General Strike of 1951», *European History Quarterly*, 29 (4), 1999, pp. 543-585.
- ROIG, Josep Maria, «Catalanisme, anticatalanisme i obrerisme, 1900-1930», en RISQUES, Manel (dir.), *Història de la Catalunya Contemporània*, Pòrtic, Barcelona, 1999, pp. 201-278.
- ROMERO SALVADÓ, Francisco J., *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain 1916-1923*, Routledge, Londres, 2007.
- SMITH, Angel, *Anarchism, Revolution and Reaction. Catalan Labour and the Crisis of the Spanish State, 1898-1923*, Berghahn Books, Nueva York-Oxford, 2007.
- STONE, Glyn, *Spain, Portugal & the Great Powers, 1931-1941*, Palgrave, Basingstoke, 2005.
- TAYLOR, A. J. P., *Historia de Inglaterra 1914-1945*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- TERMES, Josep, *Històries de la Catalunya treballadora*, Empúries, Barcelona, 2000.
- TERMES, Josep, *Història del moviment anarquista a Espanya (1870-1980)*, L'Avenç, Barcelona, 2011.
- THOMAS, Maria, «The front line of Abion's perfidy. Inputs into the making of British policy towards Spain: The racism and snobbery of Norman King», *International Journal of Iberian Studies*, 20, 2007, pp. 105-126.

- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *El movimiento obrero en la historia de España*, Taurus, Madrid, 1972.
- UCELAY-DA CAL, Enric y ESCULIES, Joan, *Macià al país dels soviets*, Edicions de 1984, Barcelona, 2015.
- VADILLO, Julián, *Historia de la CNT. Utopía, pragmatismo y revolución*, Catarata, Madrid, 2019.
- VADILLO, Julián, *Historia de la FAI. El anarquismo organizado*, Catarata, Madrid, 2021.
- VIÑAS, Ángel, *La conspiración del General Franco y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada*, Crítica, Barcelona, 2011.
- WASSON, Ellis, *A History of Modern Britain. 1714 to the Present*, Wiley-Blackwell, Chichester, 2016.

## Financiación

Este artículo ha sido resultado del proyecto PGC2018-097724-B-100 «Posguerras civiles: Violencia y (re)construcción nacional en España y Europa, 1939-1949» financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, con el objetivo de adentrarse en las raíces que establecieron la posterior posición anticomunista británica durante los años de la posguerra española.

## Datos del autor

Josep Puigsech Farràs es doctor en Historia y profesor agregado del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona. Su línea de investigación se ha focalizado en la dimensión internacional del movimiento comunista en España, especialmente en Cataluña, en la franja comprendida entre 1917 y 1949. Por este motivo, ha realizado diferentes estancias en centros de investigación y universidades internacionales, como el Instituto de Historia Universal de la Academia de las Ciencias de Rusia —Moscú—, The London School of Economics —Londres— o The Manchester University —Manchester—. Es autor de cuatro obras completas, editor de otras dos, autor de diferentes capítulos en obras colectivas publicadas en España, Gran Bretaña, Federación Rusa, Italia y Francia, así como autor de artículos en revistas académicas publicadas en catalán, castellano, inglés, ruso e italiano como *Afers. Fulls de recerca i pensament*, *Ayer*, *Hispania*, *Revista española de historia*, *Journal of Contemporary History*, *International Journal of Iberian Studies*, *Istoriya*, *Elektronniy nauchno-obrazovatelnyy jurnal*, *Novaya i noveishaya istoriya* o *Spagna contemporanea*.